

Reflexiones de fin de década

Nunca volveremos a vivir —no nosotros mismos— una oportunidad para reflexionar acerca de la historia de la humanidad hasta aquí, como la de hace una década, con el cambio de milenio.

A los que nacimos en la primera mitad del siglo XX, el año 2000 y el siglo XXI nos parecían una era de fantasía y logros tecnológicos inimaginables. Iba a haber una avioneta en el garaje de cada particular. Iríamos a la luna o a Marte a pasar las vacaciones. Iba a haber robots que nos servirían todos nuestros caprichos y antojos —sin que por ello nadie se quedara en el paro, naturalmente. Llegó el cambio de milenio —no sin su susto por el famoso «efecto 2000», que no se produjo— y desde entonces hemos seguido más o menos con la misma vida que antes.

Y a todo esto ya se nos ha escurrido por entre los dedos toda una década del siglo.

Acabamos el milenio y empezamos el nuevo con guerras, paro, el planeta empezando a dar indicios del abuso terrible que padece, terrorismo, xenofobia y diversas crisis económicas. Y en esta década poco hemos

adelantado. Desde luego a España le fue bastante bien la década, como la anterior —por mal que la estemos acabando. Ya nos hemos acostumbrado a cosas que hace veinte o treinta años nos habrían parecido lujos imperdonables. Hemos pasado a depender, como adictos, de tecnologías que no podíamos imaginar que alguien llegaría a inventar.

Pero a la prosperidad material no hemos sabido añadir ni sabiduría ni humildad ni talante para la convivencia pacífica con los que son diferentes. El golpe que supuso el atentado de Atocha del 11-M o el fin de la «tregua» de ETA, no nos llevó a una reflexión en profundidad acerca de los valores humanos que encarnábamos. «La crisis» que parece haberse instalado de forma más o menos permanente estos últimos dos años, tampoco nos parece estar haciendo reflexionar. Siempre hay alguien a quien echar la culpa. Desde luego la culpa no la íbamos a tener nosotros, por un estilo de vida excesivamente materialista y especulador, demasiado desierto de valores espirituales.

Menos mal que nos llegan una vez al año las Navidades, para reflexionar

El Rey del Universo no hizo ascos a nacerle a una pareja sin techo, que se lo llevó de inmigrantes sin papeles a Egipto nada más nacer.

que el Rey del Universo no hizo ascos a nacerle a una pareja sin techo, que se lo llevó de inmigrantes sin papeles a Egipto nada más nacer. Pero ni con ese recordatorio escarmentamos. Aprovechamos la festividad para cenar en una noche lo que normalmente nos alimentaría tres días, y permitimos ese pequeño capricho de gasto innecesario que últimamente nos veníamos privando por «la crisis». Porque si acaso es verdad que los Reyes son los padres, entonces los padres nos tenemos que permitir vivir a cuerpo de rey, aunque más no sea en Nochebuena y Nochevieja.

Pero aunque intente escribir como un viejo cascarrabias, no me sale del alma. El caso es que vivo lleno de ilusión y esperanza porque he visto a Dios actuar en medio de su pueblo una década más. Nuestras iglesias están más llenas que nunca de planes y visión para servir al mundo. Están creciendo y se están multiplicando. A principios de la década nos propusimos unas metas de crecimiento para el siguiente cuarto de siglo, que si Dios nos concede seguir como hasta aquí, vamos a superar con creces mucho



También en este número:

La moneda del discípulo	2
Crecimiento, no perfección	4
El orden y la predicación	6
Noticias de nuestras iglesias	7
Diccionario: encarnación	8

antes. Dios sigue perdonando pecados, sanando nuestras dolencias, acompañándonos en el luto y en las necesidades y estrecheces. Nos alumbraba cada día con la Luz de su Hijo amado, que además se precia de considerarnos hermanos suyos porque somos, también nosotros, hijas e hijos de Dios.

Hemos tenido nuestros días de llanto inconsolable; pero también días de gozo inefable, cuando parecía que el Cielo y la Tierra hacían contacto precisamente aquí, en estos frágiles corazones humanos. Algunos empezamos a notar cada vez más los achaques del declive natural de todo mortal. Pero vemos alzarse detrás nuestra una generación de jóvenes dispuestos a darlo todo por Cristo y por su Reino, a comerse el mundo con el Evangelio de la Paz. ¡Bendito sea el Salvador, que todavía sigue vivo y todavía ejerce! Aleluya, amén.

—D.B.

El aspirante a discípulo (7)

por Marco Antonio Manjón Martínez

El legado del Maestro, la moneda del discípulo

[En el número anterior, asemejábamos la vida del discípulo a las dos caras de una misma moneda.] La moneda de Jesús está formada por dos realidades:

- Una cara, un valor espiritual. La parte espiritual: «Amarás a Dios...»
- Una cara, un valor social, con unos principios claros de implicación en la vida real del aquí, de este mundo. Un cara con un valor sociopolítico: «...y a tu prójimo como a ti mismo».

El discípulo de Jesús tiene que desarrollar, lo mismo que lo vivió Él, estas dos realidades para ser completo, para ser un discípulo integral que aporta los valores necesarios para que la Iglesia de Jesús sea un valor real, capaz de transformar el entrono de la vida humana de este planeta. De ser sal, de ser luz.

Como cristianos, todos podemos y nos debemos hacer la siguiente pregunta: ¿A qué aspiramos?

- ¿Somos aspirantes a ser y a hacer creyentes?.
- ¿Somos aspirantes a ser adoradores?.
- ¿Somos aspirantes a ser profesionales reconocidos en el mundo de la religión cristiana en el papel de sacerdotes, pastores, misioneros...?
- ¿Somos aspirantes a ser discípulos de Jesús?

Quiero afirmar que todas y cada una de las aspiraciones mencionadas

Yo, personalmente, aspiro a ser discípulo de Jesús, a desarrollar las dos características de la doble cara de la «moneda discípulo»: El amor a Dios y el amor al Prójimo.

pueden ser perfectamente válidas. Es algo personal de cada cual y reconozco que yo no soy nadie para juzgar la fe de los demás. Es por eso que reitero que lo que pretendo con estas líneas es una reflexión personal en voz alta que, a la vez, dejo en el aire por si a alguien le viene bien y desea aprovecharlo.

Pero, eso sí, me reservo el derecho a mi libertad de pensamiento, a ser consecuente conmigo mismo y a poder hacer y expresar una valoración personal de lo que yo entiendo, quiero o no quiero aceptar, respecto a la interpretación de la lectura de los escritos sobre Jesús. Y creo que tengo también derecho a compartirlo con quienes quieran escucharlo, aunque pueda molestar a algunos. Que lo acepten o no, no es cosa mía, sólo suya. Pero, si consigo contagiar y enriquecer ese anhelo de búsqueda personal en los demás, me daré por bien pagado. Eso nos acercará más a la verdad y a la autenticidad aunque, al final, algunos desechen y difieran de lo que yo entiendo y comparto.

Con las anteriores preguntas pretendo marcar un baremo, un termómetro de autoevaluación personal y que cada uno debe plantearse aplicar solamente de forma íntima, en lo más profundo de su ser, para medir su posición como cristianos ante la figura de Jesús.

Yo, personalmente, aspiro a ser discípulo de Jesús, a desarrollar las dos características de la doble cara de la «moneda discípulo».

Acercándose uno de los escribas, que los había oído discutir y sabía que les había respondido bien, le preguntó:

—¿Cuál es el primer mandamiento de todos?

Jesús le respondió:

—El primero de todos los mandamientos es: «Oye, Israel: el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu

corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas». Este es el principal mandamiento. El segundo es semejante: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». No hay otro mandamiento mayor que estos.

Entonces el escriba le dijo:

—Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios y no hay otro fuera de él; y amarlo con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios.

Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo:

—No estás lejos del reino de Dios.

Y ya nadie se atrevía a preguntarle (Marcos 12,38-42 RV95).

Tal como expresa Jesús y confirma el escriba, hay un tema que es la columna vertebral de todo el proceso bíblico y que ya encontramos en los escritos de Moisés, (Levítico 19,18). El amor a Dios y el amor al Prójimo.

A esto me refiero con lo de las dos caras de la moneda que, creo, ha de integrar el discípulo de Jesús que se precie.

Una de las caras de la moneda está relacionada con la vida espiritual. El amor a Dios y la relación del hombre con Él. Algo fuera del alcance de los sentidos vitales del ser humano. Algo intuitivo en lo profundo de la necesidad del corazón del hombre, pero fuera del alcance de la razón lógica y que sólo se puede vivir mediante la fe. Tiene que ver con aceptar esa dimensión del «Ente Creador» que supera todo lo tangible y que está en la esencia de lo que es, de la existencia, del principio y el fin: «Yo Soy».

La otra cara de la moneda, es la que atañe a todo cuanto nos rodea y en primer lugar a nosotros mismos. La naturaleza se encarga de enseñarnos la supervivencia, nos ha dotado de unos sentidos y de unos instintos de super-



vivencia, de unos padres que completan y preparan esos instintos para que podamos situarnos y defendernos para asegurarnos la supervivencia e incluso, en la mayoría de los casos, la descendencia. Y lo que la cara B del primer mandamiento espera es, que lo mismo que casi automáticamente hacemos por nosotros mismos, lo apliquemos a nuestra relación con los demás seres humanos de nuestro entorno y del resto del mundo.

Esto sí que es algo tangible, medible y programable para una mente racional como la nuestra. Pero lo difícil es entender lo que significa y aplicarlo. Para ello, propongo observar nuevamente los Evangelios para ver qué es lo que me dice la vida de Jesús y sus enseñanzas al respecto, y de cómo vivirlo.

Para los seres humanos es muy difícil compatibilizar estas dos realidades y vivirlas como si fueran una, las dos caras de un todo indivisible.

Normalmente, la gente inclinada hacia lo espiritual y religioso tiende a minimizar la parte humana y social de la enseñanza, centrándose más en los planteamientos espirituales y de la otra vida; mientras que la gente que tiende a preocuparse de aspectos sociopolíticos suele despreciar la otra parte, es decir, las vivencias espirituales.

Pero el cristiano, el que busca verdaderamente el Reino de Dios y formar parte del Cuerpo de Cristo, de la Iglesia, no tiene otro camino que el de vaciarse de sí mismo de sus deseos o tendencias. Mediante un acto de reflexión intelectual y fe, ha de negarse a sí mismo para emprender el camino de «discípulo» del Maestro de maestros, que, como vemos, sin cuestión a dudas, engloba estos dos caminos al mismo nivel de importancia.

[CONTINUARÁ]

La madurez cristiana (9)

Toda persona que madura busca el crecimiento, no la perfección

por José Luis Suárez

Toda persona que ha realizado un recorrido en la maduración, en algún momento de este itinerario espiritual, descubre que su meta es el crecimiento y no la perfección. Para ello, debe apoyarse en el poder de la bondad y la compasión hacia ella misma y hacia los demás, en lugar de los ideales y deseos de perfeccionismo.

La persona que camina en y hacia la madurez, vive sabiendo que en este mundo la perfección no existe, que solo lo será en su plenitud en el mundo nuevo del cual nos habla Apocalipsis 21,1-4. Considero que es de esta forma que debemos leer las palabras de Jesús en Mateo 5,48 «Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto». La perfección la debemos vivir como una realidad que sólo la encontraremos al final del camino de la vida, que sólo llegará en su plenitud en el más allá y no en el más acá. Porque en esta tierra solo vemos y vivimos algunos destellos de la perfección.

Este punto final de perfección absoluta es de la que habla Pablo en la carta de Efesios, cuando dice: «...hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento pleno del hijo de Dios». No es realista esperar que todo en este mundo sea perfecto, pero sí que lo es madurar, aprendiendo de las imperfecciones, mejorando en todo aquello que podamos. A esto yo lo llamo crecimiento; maduración y no perfección.

La persona obsesionada con la perfección y no el crecimiento, descubre (no siempre) con amargura que no

era realista con sus grandes sueños de no conformarse con menos que lo perfecto para uno, para los demás, para la iglesia, para el mundo. La realidad —por mucho que nos pese— es que en este mundo nada es perfecto. Lo óptimo siempre tiene defectos. Las equivocaciones de uno y de los demás son parte de la condición humana.

La persona que madura reconoce que no es un fracaso no ser perfecto, que no siempre hace todo bien, que no siempre está acertada, que no siempre tiene razón, que no siempre toma las decisiones acertadas. Y que declarar la guerra a todas las formas de imperfección en uno, en los demás y en el mundo, es un camino suicida. Es una esclavitud, una prisión de espíritu.

La maduración no tiene como meta encontrar un mundo de ensueño, donde todo es perfecto, sin ninguna contaminación por las fuerzas del mal y donde la persona que busca este mundo perfecto lucha a capa y espada para conseguirlo.

La persona que madura es aquella que acepta de forma pacífica la condición humana, que es débil. Reconoce que todos funcionamos por ensayo y error, por lo que la respuesta más sabia a la imperfección —además de la bondad y la misericordia— es disfrutar de la vida que Dios nos da, más que alcanzar la perfección. Cuando esto ocurre, muy a menudo la sorpresa es grande. Todo sale mejor que cuando se pretende hacer lo perfecto, que es estresante y desmoralizante y con consecuencias desastrosas en la relación con los demás.

Como el humor es parte de la vida, me atrevo a afirmar que doy gracias a Dios por no ser perfecto, ya que de serlo dejaría de crecer, de madurar, de sorprenderme de la vida. Y lo que sería más grave, no podría vivir con nadie imperfecto y por descontento nadie podría vivir a mi lado.

La persona que madura, deja de buscar el perfeccionismo en uno mismo y en los demás. Deja de buscar una intensa pureza en todo lo que piensa y vive, para abrirse a una nueva realidad: vivir en el poder de la bondad y compasión —por desgracia desconocida para muchos.

La persona que no busca la perfección sino el crecimiento, tiene como punto de arranque y de meta abrir su corazón al amor y la compasión hacia este mundo (de ayer, de hoy y de mañana) imperfecto, sembrando alrededor suyo simientes de esperanza y de confianza en ella y en los demás, sabiendo que un día todo será perfecto. Este día no llegará probablemente según nuestros deseos, ni en la forma que hemos imaginado, pero una vez que sembremos las semillas de bondad y de compasión, hasta es posible que veamos algunos brotes y señales de esa perfección en nosotros y en los demás.

Es con esta mirada de bondad y de compasión (la mirada con la que Dios mira toda su creación) hacia uno mismo y los demás, que se puede convertir el sufrimiento humano, las imperfecciones de uno (que raramente las vemos) y de los demás, en relaciones de esperanza, de cambios y de colaboración en este mundo imperfecto.

Esta práctica diaria de bondad y de compasión, que no hace mucho ruido, que pasa la mayor parte del tiempo desapercibida porque no hay muchas palabras, porque no son grandes acciones televisadas, ni intentos de convencer a los demás de lo que uno

cree y desea, siembra la bondad y a su tiempo cosechará la perfección.

Soy muy consciente que estos pensamientos suenan raros e impopulares. Yo diría que ni siquiera son atractivos, ya que vivimos influenciados por el mundo actual, donde queremos resultados instantáneos, donde lo espectacular, lo grande, parece que es lo verdadero. Muchas veces, los cristianos nos convencemos de que el Señor está en lo grandioso, en lo que se ve al momento y donde los cambios son radicales.

Llegado a este punto, no tengo por menos que pensar en lo que vivió el profeta Elías en su encuentro con Dios, después de temer por su vida. El libro de 1 Reyes 19,9-13, nos narra cómo Dios pasa delante de Elías. Pero no está en el poderoso viento que destrozaba los montes y quebraba las peñas. Tampoco en el terremoto, ni en el fuego que siguió a este viento. Pero sí estaba en el susurro de una brisa apacible.

Es en esta práctica no idealista, donde lo divino puede brillar en medio de las imperfecciones humanas. Es en esta práctica de bondad y compasión hacia todo lo que vivimos en el día a día, que desaparecen la crítica y la culpa. Por cuanto la persona en el camino de la maduración no busca perfeccionar el mundo ni a los demás, sino vivir el amor y la bondad hacia todo aquello que existe en el mundo.

El monje y poeta Thomas Merton, un hombre de una espiritualidad poco común, hablando del amor comenta en uno de sus libros: «Si sólo pudiéramos

vernos los unos a los otros de este modo, no habría razones para la guerra, para el odio, ni para la crueldad».

Considero que los fracasos en esta vida, no son el no alcanzar la perfección, sino el no aprender nada de los fracasos.

Para poder ir más lejos

¿Donde se encuentra lo perfecto y lo imperfecto?

Un hombre se paró en una gasolinera y le preguntó a un empleado:

—¿Cómo es la gente de este pueblo? Estoy pensando en venirme a vivir aquí, y me gustaría saber con antelación qué clase de vecinos me voy a encontrar.

El empleado de la gasolinera le contestó:

—¿Cómo son sus vecinos del pueblo en donde usted vive?

El hombre respondió:

—Son cotillas, desagradables, nunca tienen una palabra amable para nadie, egoístas, poco dados a ayudar a los demás.

—Vaya —contestó el empleado—, siento decirle que aquí se encontrará más o menos la misma clase de personas que en su pueblo. Le recomiendo que siga buscando.

Al cabo de unos días se paró otro hombre en la gasolinera e hizo la misma pregunta al mismo empleado:

—¿Qué clase de personas viven en este pueblo?

Y de nuevo el empleado le contestó:

—¿Qué clase de personas vive en el pueblo donde usted vive?

—Gente afable, cariñosa, servicial, maravillosa —contestó el hombre.

El empleado le respondió:

—Aquí en este pueblo encontrará esa misma clase de personas.

Lo mismo tarda uno en ver el lado bueno de la vida que en ver el malo (Buffet Jimmy).

La medida de la salud mental es la predisposición a hallar lo bueno en todas partes (Emerson).

Jamás tendremos amigos si esperamos encontrarles sin defectos (Thomas Fuller).

Si quieres montar en una mula sin defectos, acabarás siempre yendo a pie (Miguel de Cervantes).

Toda desmesura es del diablo (Anselm Grün).

Parábola del fariseo y el publicano: Mateo 18,9-14



—Oiga... ¿Cómo es la gente por aquí?

El orden y la predicación

En algunas de nuestras comunidades más que otras, se estila dejar algún tiempo (de duración indefinida) para que otras personas respondan con opiniones o reflexiones adicionales, al cabo de la predicación de la Palabra. Esto viene de lejos en la tradición anabaptista/menonita, donde se veía con cierto recelo la predicación de los pastores Reformados, que presumían de su titulación universitaria para poder explicar —solamente ellos— la divina doctrina.

En 1672, un mennista (menonita) anónimo opinaba:

«He de admitir que sigue habiendo algo de tiranía de conciencia entre nosotros aquí en Rotterdam, por cuanto yo estoy convencido de que el ministro no ha recibido mayor derecho de Dios o Cristo para hablar en la asamblea, que el último de los hermanos. No deben negar el derecho de los demás, aunque tampoco tienen por qué callar ellos. No sé por qué no podríamos seguir reunidos después del sermón, al que seguiría un segundo himno de alabanzas; y a la postre, cada cual tiene libertad para explicar si es que, y en qué particulares, está de acuerdo con lo que acaban de oír.

«Por cuanto tenemos el mandamiento expreso de amonestar, consolar, instruir y edificarnos unos a otros (1 Tes 4,18; Col 3,16; Heb 3,13; 1 Cor 14,2ss.), nunca constituiría un “desorden” sino que podría ser útil. De hecho habría que considerar que esto fuera un elemento esencial de la reunión de culto, para cuales efectos es menester que seamos libres para expresarnos, si es necesario».

Passchier de Fijne, un ministro menonita en Warmond (Países Bajos), propuso lo que sigue en 1671:

«Asistid a la reunión cuando yo predico y oídme todo el rato que lo que yo hable sea verdad. Después del sermón diré: “He hablado la verdad sinceramente según yo la entiendo; pero soy humano y puedo haberme saltado algún elemento importante de la verdad, por ignorancia o por des-



cuido. Si alguien ha notado que eso me haya sucedido, le animo ahora a hablar, aunque con espíritu manso”. Si nadie halla nada contrario a la verdad y todos guardan silencio, se da fin a la reunión. Luego en la reunión siguiente no predico yo mismo sino que pregunto si hay alguien en la asamblea que tiene algo que compartir: una palabra de consolación, estímulo o edificación. Y en ese caso, que la compartan según los dones que Dios les haya dado. Después se pone fin a la reunión y todo el mundo se marcha a casa en paz».

Un hermano de los *remonstrantes* (una escisión del calvinismo neerlandés) respondió con una carta donde ponía:

«En nuestras asambleas lo hacemos así: 1. Alguno de nosotros lee varios capítulos del Nuevo Testamento. 2. El mismo que ha leído o algún otro, nos guía en oración. 3. Luego alguien pregunta: “¿Hay alguien aquí presente que tiene una profecía o don espiritual que compartir con la asamblea? ¿Tiene alguien una enseñanza, una palabra de consolación o de estímulo? En ese caso, rogamos lo comparta tal como nos anima Pablo en 1 Cor 14,26ss”. 4. Entonces alguien se levanta y lee un texto, que es evidente que ha estudiado con cuidado, y habla por una hora o más. Cuando ha acabado, se pregunta si alguien más tiene algo que decir; entonces se levanta otro hermano, lee un texto y predica otro sermón; y he estado presente cuando se predicó hasta un cuarto sermón. Aunque hay plena libertad para ha-

blar, suelen ser siempre los mismos los que predicán o profetizan».

[Traducido por D.B. de Cornelius J. Dyck, *Spiritual Life in Anabaptism* (Scottsdale & Waterloo: Herald Press, 1995) pp. 183-5.]

Lo del cuarto sermón podría parecer una exageración, pero recuerdo haber asistido a reuniones de esa índole, especialmente donde se congregaba gente de lugares muy diferentes, que tenían poca oportunidad de exhortarse unos a otros a la fe y las buenas obras. El máximo que llegué a contabilizar yo, fue una reunión de 24 horas, aproximadamente, con 18 sermones y 20-30 minutos de coritos entre sermón y sermón. Unos entraban y otros salían del salón, para comer, beber, atender a otras necesidades —¡dormir! (un servidor) —, etc., pero la reunión seguía y seguía y nos contagiábamos todos de un gozo espiritual imposible de describir con palabras. Nos despedimos al final con un enorme sentimiento de hermandad plenamente satisfecha.

—D.B.

Noticias de nuestras iglesias

El año de las primeras cosas

Barcelona, diciembre 2010 — Saludos a todos en estos días de Navidad, deseando que el Señor Jesús les bendiga en abundancia y que en el año que viene les colme de sus beneficios.

Es para mí un gozo poder escribirles y hacerles partícipes de las cosas que nuestro Dios ha venido realizando entre nosotros. Este año 2010 ha significado una escuela en la que cada día aprendemos algo nuevo de parte del Señor. Hemos tenido fuertes ataques del enemigo, pero aun así podemos declarar que más han sido las bendiciones recibidas que las oposiciones del enemigo. Las promesas de Dios nos han acompañado y nos han mantenido.

El año que se está terminando ha sido un «año de las primeras cosas» para esta congregación y para nuestras vidas, ya que los acontecimientos experimentados para esta joven congregación han sido hermosos. Por ejemplo:

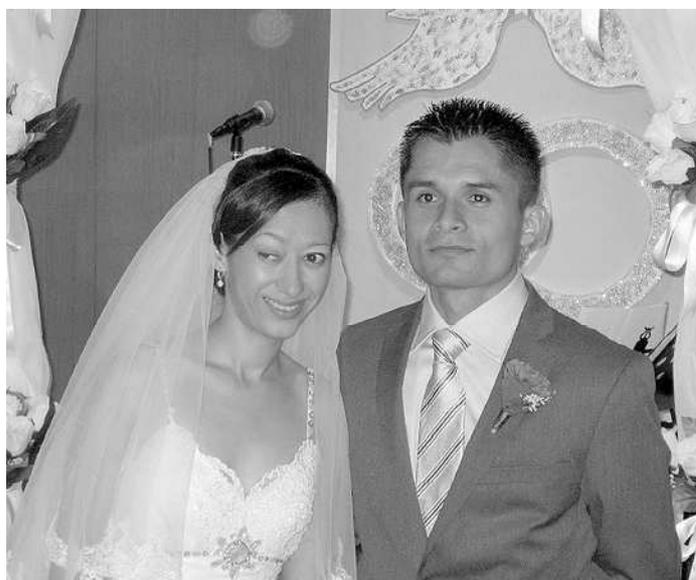
1. Este año, precisamente en Mayo, se realizó por primera vez en este país y en nuestra iglesia la Conferencia Internacional de Misiones Amor Viviente, que ha sido de mucha bendición para nuestra congregación.

2. Una de las mayores experiencias ha sido con el programa de Discipulados, ya que 51 hermanos pudieron recibir un diploma al haber cursado uno de los niveles del programa. De estos hermanos, cuatro se convirtieron en la Primera Promoción de egresados del 3^{er} Nivel. Cuatro después años de que el hermano Luis Ulate, de Costa Rica, inició este programa en Barcelona cuando estuvo de voluntario en esta ciudad, estamos recibiendo los frutos del esfuerzo y el gozo de aprender a servir al Señor.

3. También se realizaron las primeras dos bodas eclesíásticas entre miembros de nuestra iglesia. La primera fue entre los hermanos Karen Castañeda y Alex Betancourt, ella de origen hondureña y pasante del 2^o Nivel de discipulado, él de origen

colombiano y quien al llegar a nuestra congregación se declaraba ateo — pero al conocer los caminos del Señor, decidió entregar su vida a Cristo, se bautizó y es ahora pasante del 1^{er} Nivel de discipulado. La otra boda fue entre los Hermanos Yarely Méndez y Edwin Valladares, ambos de origen hondureño.

4. En la ciudad de Gerona, tenemos un pequeño grupo de hermanos que están creciendo cada día, confiando que el Señor proveerá en un futuro cercano a la persona escogida para atender definitivamente la obra en esta ciudad. —Antonio Montes (*Amor Viviente, Barcelona*)



Diccionario de términos bíblicos y teológicos

encarnación — El fenómeno por el que Dios se hizo carne en la persona de Jesús, el hijo de la judía María. La idea de la materialización de los dioses era algo que no suscitaba especiales problemas en la antigüedad. Para la teología de los primeros siglos de nuestra era, sin embargo, condicionada por presuposiciones filosóficas neoplatónicas, la materialización de Dios era un escándalo (increíble) para el intelecto —y por tanto, se constituía en un artículo esencial de *la Fe*.

En el mundo de la Biblia, el Oriente Medio de la antigüedad, los dioses podían estar presentes en esta tierra — con una presencia concentrada y materializada— sin por ello abandonar su habitual morada celestial. Donde se materializaba muy especialmente la presencia de los dioses, era en las imágenes de talla o fundición. Estos «ídolos» no era tanto que representaban al dios como que, una vez consagrados con los ritos oportunos, eran en sí el dios mismo, hecho presente y material. Al ídolo, entonces, resultaba perfectamente apropiado dirigirse en oración y acudir en peregrinación y hacer todos los halagos y las alabanzas que eran propias del dios en el cielo.

De hecho, el mismo dios podía estar material y realmente presente, incluso con diferentes características y lealtades políticas, en más de un ídolo; y conocerse con diferentes nombres según dónde estaba el ídolo. Baal había uno solo, por ejemplo; pero el Baal adorado en el ídolo de una ciudad podía participar activamente en la guerra contra otra ciudad vecina cuyo ídolo de Baal, en cambio, los defendía a ellos con igual ímpetu sobrenatural. Esto nos puede parecer confuso, pero sólo hay que pensar cómo en el cristianismo católico cada cual venera muy especialmente a esta Virgen (que es la que les protege y consuela) y no aquella otra (aunque «Madre de Dios» sólo hay una), para darnos cuenta de que todavía hoy persisten ideas parecidas.

Para los griegos, sin embargo, en cuanto un dios o una diosa se materia-

lizaba tomando forma de persona o de animal, dejaba de estar en el Olimpo. Si estaba aquí en la tierra, ya no podía estar allá. En su encarnación los dioses de los griegos, entonces, no sólo eran tan materiales como nosotros — aunque inmortales— sino que participaban también de la humana imposibilidad de estar en más de un lugar a la vez.

Los romanos también creían que los dioses podían tomar forma humana. Y también creían que los dioses podían aparearse con la gente y tener hijos. Nada más natural, entonces, que la creencia de que el César era propiamente divino (como lo había sido también el Faraón para los egipcios). Cuando el cuerpo del Emperador moría, su divina esencia, liberada ahora de la carne, ascendía al cielo. Desde el cielo brillaba como un astro más, para seguir influyendo desde allí en la humanidad que antes gobernaba en carne.

Para la filosofía neoplatónica de boga en los primeros siglos de nuestra era, todas estas historias de las aventuras terrenales de los dioses, donde no faltaban frecuentes amoríos con los seres humanos, eran patrañas de necios. Cualquier ser espiritual que asumiera la corrupción del mundo material, demostraba en ello ser vil y grosero. El Dios Supremo, la Mente purísima y filosófica que era sólo ella digna de la adoración de los humanos, era incapaz de encarnarse como vil materia, que era de suyo corrupta. La idea del escándalo e imposibilidad de la encarnación del Dios Supremo, por cierto, pervive hoy en el Islam, donde el dogma cristiano de la Encarnación sólo merece desprecio y ridículo. No en balde amaban tanto los califas medievales la filosofía griega.

En los primeros años del cristianismo la idea de que el Dios Creador del universo se encarnase en la persona mortal de Jesús; y estando en la carne pudiese dirigirse en oración a ese mismo Dios —que sin embargo seguía a la vez en el cielo— pareció natural. Pero cuando empezó a convertirse gente culta con una buena formación

en filosofía, hubo que hacer frente al escándalo de la Encarnación. La Iglesia resolvió el tema con un golpe de autoridad. La Encarnación era dogma intocable; y bajo la guía del Emperador se redactaron credos de obligadísima aceptación, donde se estipulaba con esmerada terminología filosófica griega, la simultánea humanidad y deidad de Jesucristo.

En algún momento, pareció oportuno asociar la idea del nacimiento humano de Aquel que era la Luz del mundo, al ciclo anual del sol. Celebrándose su Natividad en la fecha cuando los días empiezan otra vez a ser más largos, se escenificaba maravillosamente el auge de la Luz divina sobre la humanidad, en la persona de Cristo.

Y nosotros... ¿cómo hemos de entender estas cosas? Con las manos y los pies. Seguir a Jesús. Todo lo demás son palabras que se lleva el viento.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)
Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org